



## Correspondencia episcopal

### Pascua del enfermo: Fomentar la cultura del cuidado

Queridos hermanos:

En plena séptima ola de la pandemia, y contagiado también yo por el coronavirus, escribo estas letras pensando en el domingo día 22 de mayo, cuando celebramos la Pascua del enfermo. La luz de la pascua ilumina todas nuestras dolencias para que podemos vivirlas unidos a Cristo crucificado y resucitado por la salvación del mundo.

El covid no es simplemente una enfermedad individual, es un mal colectivo, global, que aqueja a toda la humanidad. Para curarlo no basta con que sane cada persona por su cuenta. En cualquier parte del mundo puede surgir una nueva variante que reavive la infección.

La enfermedad siempre nos hace sentir nuestra debilidad, pero el covid nos ha hecho darnos cuenta nuestra fragilidad constitutiva: no es necesaria una potente bomba atómica puede acabar con el mundo tal como lo conocemos; basta un pequeño agente infeccioso, microscópico, que lleva el viento, para acabar sigilosamente con la humanidad.

Este virus nos ha enseñado “con sangre” que la gran familia humana forma un solo cuerpo y que no podemos desentendernos los unos de los otros. Si un miembro enferma, todo el cuerpo sufre y está amenazado. Hay muchas dolencias de la humanidad que hemos pretendido aislar con fronteras artificiales –la guerra, la violencia, el hambre, la pobreza, la inmigración... No basta con poner torniquetes. Es necesario curar las heridas.

La cultura del cuidado empieza también por uno mismo. Vacunarse, autoconfinarse, usar mascarillas, las medidas higiénicas... son también actos de caridad para con los demás. Nuestros actos pueden tener consecuencias peligrosas para los demás.

El lema elegido para la Jornada del enfermo de este año es «Acompañar en el sufrimiento». Aún queda mucho camino por recorrer para garantizar la atención sanitaria que necesitan las personas enfermas, especialmente en aquellos lugares y situaciones de exclusión y pobreza, como lo demuestra la escasa disponibilidad de vacunas en países pobres. También es importante el acompañamiento espiritual para vivir la enfermedad con esperanza y con confianza en la voluntad del Señor.

La enfermedad es un momento privilegiado para sentir una cercanía de nuestro Padre Dios y de nuestra madre la Iglesia. Para el acompañante, el enfermo es siempre más importante que su enfermedad: no basta con administrar medicinas; es necesario escuchar, consolar, estar presente...

A lo largo de los siglos, la misericordia hacia los enfermos ha llevado a la comunidad cristiana a abrir innumerables hospitales, dispensarios y centros de salud, que han hecho más creíble el anuncio del evangelio

En nuestra diócesis tenemos el Cottolengo del P. Alegre, en Fragosa, las Casas de la misericordia de Alcuéscar y Pinofranqueado, del P. Leocadio, el



Centro Vida de Cáritas, en Cáceres, la Casa Familiar de los Hnos franciscanos de Cruz Blanca, la Hospitalidad de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de Lourdes, el voluntariado de Pastoral de la Salud de numerosas parroquias. En todas estas instituciones y grupos, tanto las personas contratadas como los voluntarios acogen familiarmente y acompañan integralmente a muchas personas que probablemente estarían excluidas de los servicios sociales, ya sea por edad, por su condición social, o bien por las patologías que padecen.

Estas instituciones son una bendición, un tesoro precioso a custodiar y sostener entre todos: merecen todo nuestro apoyo económico, pastoral y personal, con dinero, tiempo, oración. Su sola presencia hace que toda nuestra diócesis adquiera un rostro samaritano, como el de Jesús muerto y resucitado, que se hizo cargo de nuestros sufrimientos, y nos dejó un ejemplo para que siguiéramos sus huellas.

El sábado pasado la Delegación para las personas con discapacidad y la Delegación de espiritualidad organizaron una Jornada inclusiva en Santibáñez el Alto. Fue un día festivo y alegre para dar gracias a Dios por la vida compartida, animar y favorecer la autonomía personal y ofrecer un respiro familiar.

A la Virgen María, que fue a acompañar y cuidar a su prima Santa Isabel en la montaña de Judea, pedimos que, a los enfermos, a todos los enfermos, no les falten nunca ni los cuidados materiales ni la cercanía familiar y espiritual de los hermanos.

Con mi bendición, y con los mejores deseos de una santa y feliz pascua de resurrección en espera del Espíritu Santo,

+ Jesús Pulido Arriero, obispo de Coria-Cáceres